

Un gran universitario



Jaime Nubiola

NON RECUSO LABOREM. Estas palabras —“No rehúso el trabajo”—, atribuidas a **San Martín de Tours**, expresan bien la actitud de entrega con la que **Alfonso Nieto** asumió el cargo de Rector de la Universidad de Navarra en abril de 1979 y que desempeñó con abnegada fidelidad durante algo más de doce años. De **San Josemaría** había aprendido ese lema que puede aplicarse con justicia a su vida.

Asumir el rectorado de la Universidad no fue un plato apetecible para él. No le gustaban ni los papeles, ni las reuniones, ni la complejidad burocrática de la administración universitaria, ni los detalles tantas veces tediosos de la ordenación académica. Gracias a Dios, pudo contar como Vicerrector con el profesor **Francisco Ponz**, que le había precedido los trece años anteriores en el cargo y que continuó durante los doce siguientes llevando una parte principal del peso burocrático de la Universidad. Desde el primer día hasta el último, **Alfonso Nieto** estuvo muy agradecido al profesor **Ponz** por su colaboración en el buen gobierno de la corporación académica. Esa sabia distribución de funciones permitió que **Alfonso** diera lo mejor de sí, que pusiera al servicio de su trabajo como Rector sus magníficas cualidades personales, su buen carácter, su manera de ser tan atractiva que impregnaba su magnánimo comportamiento.

Cada mañana, al llegar al Rectorado, solía dedicar algo más de una hora a despachar papeles con el Secretario General, a contestar la correspondencia y atender las llamadas telefónicas con la valiosa ayuda de su secretaria, **María Teresa Igúzquiza**. Durante el resto de la mañana y hasta la hora de comer, atendía pacientemente a numerosas visitas: desde el embajador de

un país latinoamericano o un empresario con afán de colaborar con la Universidad, hasta la madre de un alumno que le traía unas pastas que ella misma había hecho o un profesor preocupado por su jubilación. Todos salían de su despacho felices por su cordial acogida. “Pensaba continuamente en los demás, en dar alegrías, y continuamente se le ocurrían geniales iniciativas”, ha escrito **María Teresa**.

Por las tardes, solía trabajar en el Departamento L de la biblioteca en sus temas de empresa informativa y de ordinario todos procuraban respetar ese tiempo, que dedicaba a leer, escribir y tener conversaciones más reposadas. Mantuvo este régimen de trabajo durante los doce años de su mandato, solo alterado por los frecuentes viajes —casi siempre a Madrid— con motivo de las reuniones de Rectores —a veces para él agotadoras— o por otros compromisos semejantes.

Alfonso Nieto quiso centrar su actividad como Rector en las personas, en la cordial atención de todos dentro de la Universidad y fuera de ella. En los años no fáciles de estreno de la democracia en España, **Alfonso** abrió sus brazos —y los de la Universidad— a todos. Por ejemplo, preparó con ilusión en el Rectorado un sencillo comedor para poder ofrecer con discreción su generosa hospitalidad a gobernantes y políticos de cualquier signo. Nadie escuchó nunca de sus labios un comentario peyorativo o amargo hacia la clase política, ni siquiera hacia aquellos que ocasionalmente pusieron notables obstáculos para el desarrollo de la Universidad. Cuando en julio de 1980 el Edificio Central sufrió el primer atentado, **Alfonso** vino de Inglaterra con una carta del Gran Canciller en la que nos invitaba a rezar por



“Mirar el futuro de la Universidad es apostar por servir sin esperar ni atender a los aplausos. Si otros dicen que somos los mejores, se lo agradecemos pero no nos lo creemos, porque en la vida de la inteligencia lo mejor siempre está por llegar. Aquí, el éxito personal cede paso a la continuidad de una institución donde los plazos son siglos”.

Discurso con motivo del homenaje que le ofreció la Universidad de Navarra en 2003.



quienes cometían esas violencias para que se arrepintieran de sus descaminos. Muy unido a Mons. **Álvaro del Portillo**, **Alfonso** contagiaba siempre paz y serenidad a su alrededor.

Otros tres rasgos de su perfil que cabe también destacar: su amor a la libertad, una exquisita humildad y un sentido profundísimo de fidelidad. Por ejemplo, en aplicación del reglamento de la Junta de Gobierno, encargó a un carpintero que preparara una urna elegante y académica para la mesa de reuniones, de manera que un asunto debatido pudiera resolverse mediante votación secreta sin que nadie se sintiera coartado al emitir su voto, aunque

fuera más joven o su opinión fuera distinta de la del rector o de la mayoría. **Alfonso** tuvo en mucho el gobierno colegiado; nunca pretendió hacer “su” equipo de gobierno ni se consideró imprescindible. Al día siguiente de ser relevado como rector por el profesor **Alejandro Llano**, marchaba por seis meses a Manchester para estudiar e investigar: con extraordinaria elegancia transmitía que había terminado su labor al frente de la Universidad.

Por encima de todo, en la vida de **Alfonso Nieto** como rector de la Universidad de Navarra hay que destacar su fidelidad, su visión sobrenatural, su unión cordial con Dios y con cada persona. Fueron años

importantes en la historia y el desarrollo de la Universidad y –con la ayuda de Dios y de tantas y tantos– su trabajo fue enormemente fecundo. Como escribió Mons. **Echevarría** al recibir la noticia de su muerte, “**Alfonso** se ha presentado ante Dios con las manos llenas, como fruto de su entrega y su fidelidad a la llamada”.

Alfonso Nieto fue un gran universitario: han pasado veinte años de su rectorado y quienes trabajamos junto a él nos sentimos verdaderamente privilegiados.

Jaime Nubiola es profesor de Filosofía. Fue Secretario General de la Universidad de Navarra entre 1979 y 1991.